

Ética, moral, objetividad e investigación (II)

MSc. Manuel Rivera

Desvincularse de la ideología, desnudarse de los valores (con apego de la contradictoria sugerencia weberiana) o dejar de lado la ideología (al estilo de Durkheim), como una forma de lograr la objetividad en las ciencias sociales, no han sido tareas fáciles o cómodas, aunque quizá no imposibles.

La discusión en torno a la objetividad en las ciencias sociales nació con ellas y se profundizó cuando se intentó equipararlas con las ciencias naturales, tanto en su concepción, como en la aplicación de metodología y técnicas particulares.

Por un lado, el marxismo como expresión acrisolada del materialismo histórico y dialéctico planteó desde sus inicios la construcción de interpretaciones de la realidad fincadas en la realidad misma, considerando, eso sí, este proceso como una tarea compleja por la causalidad imperceptible de los expresiones sociales susceptibles de estudio. La objetividad y el positivismo interpretativo como prioridad, siempre y cuando se buscara la esencia del fenómeno, desvirtuando todo elemento que desdibuje la realidad tal cual.

No obstante dichos esfuerzos, la interpretación desmereció cuando a esa realidad conocida en su esencia se le orientó hacia fines basados en concepciones ideológicas que en el campo de la política se desviaron y se desvirtuaron, desembocando en perturbadores autoritarismos.

Por otro lado, las concepciones positivistas-idealistas también procuraron la objetividad haciendo prevalecer el valor del dato -de la “cosa” durkheniana-, del número, de lo tangible, de la evidencia real, innegable e indiscutible. “Si se ve,

si se toca, si se huele, si se palpa, si se oye”... existe, en consecuencia, es verdadero, es objetivo. No interesa la causalidad fundante del hecho, importa su función, su utilidad; no es preciso explicarlo, basta con describirlo.

Ambas posiciones teóricas en expresiones extremistas, en lugar de satisfacer la expectativa de la objetividad, redujeron el análisis a intereses sectoriales que demeritaron la intencionalidad de las ciencias sociales. Más aún, hubo y hay quienes sustentan sus proposiciones o propuestas de investigación en consignas, en reglas impuestas e interpretaciones antojadizas que buscan reivindicar intereses particulares atados a consignas políticas que deterioran y colocan a las ciencias sociales en situaciones denigrantes.

No es posible que, en función de una consigna o de algún referente político sectorial se intente dar sustento a interpretaciones ajenas a la realidad misma y se oriente a las ciencias sociales hacia el abismo del desprestigio y del desencanto académico.

El activismo político -con todos sus matices- ocupa en la actualidad un espacio desde el cual se disminuye la labor de las ciencias sociales, se le utiliza como escudo y fundamento de realidades y contextos desvirtuados; el afán de los activistas y sus dirigentes es el de posicionarse en una esfera que, además, de negar las virtudes y bondades de la ciencia, pretende sustituir la esencial y objetiva demanda de la verdad, rasgo inequívoco de la ciencia.